

LAS CRISIS HISTERICAS DE GASTON BAQUERO

Por Ramón Vasconcelos.

Gastón Baquero fué para mí una revelación. El ensayo sobre Varona que le valió el "Justo de Lara" de hace tres años era la obra de un maestro. En su borrosa columna de "Información" (hay periódicos que esconden en un gris de niebla a sus redactores y otros que los bañan de sol) parecía como que vegetaba, como que bostezaba de tedio. Y bostezar de tedio, aburrirse a sus años, en el inicio de una carrera que prometía ser brillante, era una anomalía. Redactaba cables, galeradas de traducciones, un artículo diario, todo en lote, por un jornal mínimo.

Y un día, después de la muerte de Pepin Rivero, ingresó en el "Diario de la Marina", por la puerta grande, que es la del Padre Rubinos, si no estoy mal informado - lo cual no tendría nada de particular en cuestiones eclesiásticas, en las que se ha hecho una potencia Gastón Baquero. José Ignacio Rivero, sucesor de su padre y de su abuelo don Nicolás en la dirección del decano, le dió el brazo al ensayista recién llegado, lo sentó en el sitio de honor, le entregó la jefatura de redacción, puso en sus manos el diapasón de su formidable cotidiano, y a medida que lo fué empujando hacia la derecha - hacia la extrema derecha, no más allá... - puso en juego su influencia invisible e infalible para que le otorgaran dignidades que jamás había obtenido antes ni en tan poco tiempo ninguno de sus redactores.

La carrera de obstáculos se había tornado de la noche a la mañana en una impresionante carrera en pelo. Sobre las sesudas opiniones del "Diario", por encima de los criterios eminentes de la tercera página, ondeaba como un oriflama victorioso el nombre de Gastón Baquero. ¿Por qué no? Tenía talento, juventud, audacia. Estaba bien. Bien lo que hacía la empresa tildada de reaccionaria y bien lo que hacía Baquero quebrando una tradición de sacristía.

Pero detrás de Baquero debía haber alguien. No era posible aquella franquicia súbita en un medio saturado de reservas mentales. Alguien lo empujaba por detrás, enérgicamente, con tensa virilidad. Esa Eminencia Gris que operaba tras las atléticas espaldas de Gastón era, tenía que ser, el Padre Rubinos. Sin duda, el ilustre jesuita orientaba sus pasos en la tierra empedrada de tentaciones y guiaba su alma hacia la puerta estrecha por donde sólo pasan, no los llamados, que son innumerables, sino los elegidos, que son los Baqueros. Sus exégesis de textos sagrados y profanos posiblemente serían comunes, comunes sus preferencias, comunes sus escrúpulos de conciencia, comunes sus penitencias, comunes sus visjes. Y tanta comunidad concluiría por ser un solo brazo y una sola voz contra el Comunismo, fuente de consignas y actitudes aprovechables para una nueva cruzada contra los herejes, y si no de nuevas hogueras, porque a estas alturas ya no es posible, al menos de nuevas cotizaciones, que nunca vienen mal, a juzgar por el éxito de los propios comunistas en ese orden.

Un día me obsequiaron con el Premio Rivero. Lo agradecí. Agradecía sobre todo los elogios de Gastón Baquero; pudo haber silen-

ciado su juicio, no dando al galardón más que una importancia relativa: la de una recompensa suplementaria al eterno eliminado de anteriores concursos. Lo que me dedicó fué un pedestal, no una columna. Ante encomios tan exagerados, pensaba yo lo que ante ciertos retratos retocados por el fotógrafo: "¡Si uno fuera así...!" Y por lo mismo que no lo era, le guardé gratitud, me consideré ligado en cierto modo a sus avances en el maratón de la letra de molde. Con simpatía, sinceramente. De suerte que cuando Roa y Aldereguía lo pusieron como no digan dueñas, salí en su defensa. Se fué a España. Dijo cosas magníficas del pético Escorial y de uho de sus abuelos. Regresó menos entusiasmado de lo que había ido. Y este domingo, sin motivo serio, con un pretexto fútil, me fulminó con una descarga de improperios recogidos en los albañales más pestilentes. El delicado, exquisito, cordial Gastón Baquero, se revelaba una verdulera soez, deslenguada, histérica, incapaz de guardarle consideración al compañero que meses antes había sido objeto de sus alabanzas.

¿A qué obedecía esa súbita explosión de grosería? A reacciones ajenas provocadas por mis comentarios sobre el Carnaval Casamentero de un grupo de militares en una finca de recreo de los alrededores de La Habana. Baquero, guardián de turno de la ortodoxia católica - tan a menos ha venido la Iglesia, protectora de genios y de héroes antaño -, bufaba porque censuraba que esos oficiales del Ejército, entre los cuales contábase el jefe, ofrecieran un espectáculo público, con operadores de películas inclusive, es decir, concienzudamente preparado para la publicidad, en que se profanaba un sacramento de la Iglesia y a la vez se ridiculizaba una institución civil de la República.

1000134

Como no era posible tomar por lo serio lo que era en realidad un festival de circunstancia, impuesto por la presión del Tercer Piso, semejante al jocundo paso del Ecuador para los pasajeros de un buque, los matrimonios tomaban a broma cuanto pasaba a su alrededor: las frases cruzadas, el empaque del consorte, la lluvia de arroz importada de los americanos. Todos reían, no de felicidad refrigerada; reían de la situación cómica que significaba ser novios y esposos al mismo tiempo, estar casados y con hijos casaderos, estar hasta divorciados y vueltos a casar, con tamañas estrellas en los hombres, y recibir la lectura monótona de la Epístola de San Pablo, practicada al pie de la letra unas veces y discutida en su puntuación más inocente otras. De eso se reían. Y como se reían de un acto fuera de tiempo y lugar, propio de misiones cristianizantes entre tribus incivilizadas o entre contingentes de tropas en vísperas de un embarque, cuyo regreso del frente de batalla es problemático, la impresión gráfica no podía ser de solemnidad, de discreta y serena aceptación de responsabilidades ineludibles, sino de francachela. Días después, en Columbia, el jefe del Ejército celebraba un santo con parecido programa: comilona sin protocolo, baile hasta la madrugada, show y fin de fiesta con rumba abierta, comentada por los soldados en el tono que puede imaginarse.

Esas bachatas no son conquistas de la democracia: son manifestaciones de picuismo, propias de advenedizos encumbrados, de gente que ha mejorado de posición oficial, pero no de cultura. No es un demérito salir de abajo y conquistar la altura; pero tampoco es un mérito saber subir sin intentar superarse. Como cubano, quisiera ver una República perfecta, con instituciones

lo más perfectas posibles, entre ellas el Ejército. Pero incluso al Ejército lo disculpo. La República es un rótulo fijado sobre un amasijo de organizaciones y costumbres coloniales. Como la torre inclinada de Pisa, que se sostiene por un prodigio de gravedad, la República sigue en pie por un milagro de inercia republicana, sin espíritu de republicanidad, herida por todos los flancos, deformada en su estructura, saqueada en su patrimonio, prostituída y burlada por sucesivas olas de asalto. "Tenemos República, pero no tenemos ciudadanos", exclamó amargamente don Tomás Estrada Palma, al fracasar la Primera República. A esto le llama Baquero, mi "hobby", mi manía iconoclasta. No le llama mi batalla cívica; para él, dócil empleado de Agricultura, llevar la voz cantante en el silencio espeso de la complicidad, es un vicio. Vicio es negar que Grau, producto del integrismo intransigente, sea el campeón de la cubanía. Vicio que lamente la mixtificación en serie de las pensiones de veteranos usurpadas por millares de guerrilleros. Vicio que condene cada uno de los ochenta asesinatos impunes cometidos en las calles habaneras a la vista, con la frecuente cooperación de la policía y la anuencia del propio Presidente de la República. Vicio señalar las escandalosas especulaciones del mercado negro. Vicio acusar de impostor al culpable del crimen de enredarlo todo, complicarlo todo, indecentarlo todo desde Palacio en el período más próspero de nuestra historia, gracias al volumen de la zafra azucarera y a los precios remunerativos del primero de los productos del país.

Baquero se refugia en la sacristía para no intervenir desde su columna en los problemas que afectan a Cuba. Se entrega a la caza

1000136

de herejías. Alquila butaca en Acción Católica para predicar una guerra santa estúpida, donde todos somos católicos mientras no se demuestre lo contrario, entramos en los templos como en casa propia, unos por devoción, otros por la sensualidad del rito, incomparable por el perfume del incienso, por el brillo de los cirios en la penumbra, por la música de los órganos, por el cántico de los coros, por el repique de las campanas, por la paz inefable en que nos vamos sumergiendo poco a poco, por el ensueño que nos envuelve con dedos impalpables. Y porque somos católicos, herederos del paganismo romano, no de la ingenua sencillez del cristianismo primitivo, con sus plegarias directas, sus oraciones discretas, sus hambres repartidas, sus parábolas luminosas y simples, su vocación de martirio y su voto de pobreza.

¿Qué tienen que ver el fausto de los palacios episcopales, el boato y la arrogancia de los príncipes de la Iglesia, con la muerte de Juan, la miseria de Pedro, la indignancia del que azotó a los mercaderes en el templo, condenó la adoración de imágenes y repudió a los ricos, llamando al oro "estiércol del demonio" y produjo esa flor de ternura, de fraternidad, de sabiduría, que es el Sermón de la Montaña?

No se meta Baquero en camisa de once varas. El está cosido a una sotana que no es siquiera suya. Yo soy señor absoluto de mi conciencia, sin una superstición, sin un fanatismo, sin un fetichismo, inepto para admitir lo que no tenga explicación lógica, o científica, o siquiera psicológica, convencido de que todo la tiene, pero no se halla en ocasiones por el estado imperfecto y limitado de nuestros conocimientos actuales y porque progresivamente el hombre descifrará muchos misterios hasta ahora impene-

trables. Yo soy católico, bautizado y confirmado, y espero morir en olor de santidad para que me canonicen y rabie de envidia Gastón Baquero. Porque un Baquero santo no lo concibe nadie, ni el Padre Rubinos.

No me hable Baquero de la humildad católica. En casa tenemos un altarito con la Caridad. Mi madre y mi mujer son devotas suyas. Mi hija se educó en Francia e Inglaterra, y tiene devoción profunda, pero rechaza la tozudez de los fanáticos. Le importa la Religión, no la Teología - y conste que en sus cursos obtuvo los primeros premios en materia de doctrina cristiana y teología. Este catolicismo doméstico no empece para saber que las misas de difuntos están cubiertas por espacio de meses; que las recaudaciones del Cementerio de Colón son fabulosas; que un pueblo que se niega a pagar cualquier tipo de impuesto, paga con devoción y agradecimiento los impuestos más abusivos del poder temporal que gobierna ya, desde el Tercer Piso, a través de cheques y concesiones reñidas con el artículo 35 de la Constitución, hasta al Ejército. Para reclamar, en fin, la creación de un Cementerio laico municipal.

Y no me pinte a la España presente como un antro inquisitorial. Porque si fueron españoles Torquemada y Pedro Arbúes, también lo fueron, tan combativos como católicos, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola y el duque de Gandía. Pueblo de exaltaciones místicas y furros fanáticos, el español sabe caer por la cruz como burlarse de los santones. "Rogar al santo y con el mazo dando"... "Fiate de la virgen y no corras"... "Uñas de gato y hábitos de beato"... "Dios te guarde, Mendo; no a mí, que estoy comiendo"... "La cruz en los pechos y el diablo en los he-

0000138

chos"... "Por las haldas del vicario sube el diablo al campanario"... "Ante las puertas del rezador, no pongas tu trigo al sol"... "De Dios hablar y del Mundo obrar"... "Bula del Papa, ponla en la cabeza y págala en plata". Todo eso, todo un refranero inacabable, constituye la experiencia del pueblo español de largos siglos de fanatismo.

Finalizo. Baquero emplea un vocabulario de jayán en su exabrupto del domingo, indigno de un hombre de letras de su fuste. Me permite tener cerebro y hasta me hace concesiones. No discuto su opinión. Cada cual presume de lo que tiene más desarrollado. Yo de mi cerebro. Baquero, a lo mejor, presume de cualquier/ ^{otra} cosa tan desarrollada como su cerebro. Después de todo, prefiero pasar por hereje antes que por reaccionario. Soy un hijo de la democracia, un republicano convencido, un cubano que todo lo exige de Cuba porque todo lo espera de ella, sin tercerías ecuménicas, sin consignas internacionales. Niño cuando la independencia, conservo en la memoria el recuerdo de escenas que son la apoyatura de mi credo republicano. Y no creo que quienes fueron enemigos juramentados de la libertad y el progreso de mi patria, quienes ahora, con las mismas prácticas exclusivistas, con idénticos privilegios, con igual intolerancia, impulsar nuestra tierra bendita hacia metas de progreso y de libertad bajo el tricolor, símbolo de sacrificios, ayer objeto de excomuniones y desprecios, mientras se cantaban Te Deums, en la plazas públicas, con las campanas echadas a vuelo por la muerte de Maceo y las victorias de Weyler.

Bohemia, La Habana, enero 18 de 1948.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA